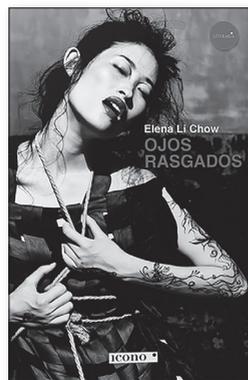


Elena Li Chow *Ojos rasgados*

Ojos rasgados
Elena Li Chow
Icono
Bogotá, 2018.



Tomado de <http://ojosrasgados.com/>

El fondo de una mirada

A veces veo a los escritores como guías de ciudad. Están los muy reconocidos, cuya sola mención de su nombre nos permite cerrar los ojos y dejarnos llevar por sus caminos. Vivos o muertos ya son leyendas. Para muchos se trata de los clásicos y de algunos más que van en camino de la gloria. Hay otros que no escapan de la rutina del cicerone conforme, van por los mismos lugares comunes y creen que con dos o tres ocurrencias son lo bastante originales para atraer a su público. También están los que venden paraísos y trucos de bolsillo. No quiero entenderlos. Hay muchas más categorías en este bazar de la lengua, pero por ahora me interesa resaltar la de unos seres totalmente desconocidos que surgen de pronto con tal sensibilidad que les seguimos los pasos, sin razón aparente, como turistas absortos.

De estos últimos no hemos oídos nada, nadie nos los ha recomendado, apenas se aventuran a salir a caminar por las letras y por casualidad nos cruzamos con ellos, sin otro magnetismo que su tono de voz, su mirada y su mano que se alarga y nos conduce por sus senderos de forma muy natural. Elena Li Chow forma parte de este grupo.

Aunque sé de Li desde hace décadas, por culpa de nuestra amistad y del cine, apenas hoy la conozco como escritora y eso me borra del tablero cualquier sesgo o preferencia y me pone frente a una completa extraña a la hora de acercarme a *Ojos rasgados*, su primer libro de cuentos con Icono Editorial.

Cuando abro su primera página solo quedan las palabras de por medio. Se desvanece su cuerpo y mi cuerpo y entro en su inspiración como una hoja en el viento. Esa es mi primera impresión, que aquello que leo y me conmueve proviene de sus entrañas al vaivén de su propia existencia durante veinte años en China y sus lares.

En su cuento “Travesía nocturna”, estas líneas confirman el ritmo ya no de su narración, sino de su propia respiración al contar:

El grito que emite Ming me vuelve en mí. El cuchillo cae al piso mientras un círculo rojo aparece en su hombro izquierdo y se extiende al resto de la camisa blanca. Con horror, los invitados acuden a Ming. Aparto mi vista para no marearme. Una de las chicas saca el teléfono para llamar a la policía. Escucho palabras como “hospital”, “loca”, “ramera”, “laowai” y trato de no descifrar el resto.

Habla como la acuarela, con el espesor necesario en cada trazo para cargar con limpieza los colores y los rasgos que quiere resaltar. Sus palabras no son al óleo, son de un trazo más transparente y fugaz, y están esparcidas con suma delicadeza para lograr atmósferas claras y luminosas por donde deambulan sus protagonistas.

En oposición a esa estética, el destino de los personajes de Li está marcado irremediamente por lo que ella dice. Y lo dice sin el menor indicio de querer agradar: “Ella me recuerda a la aspirante de un concurso de belleza regional, la que dijo durante la transmisión del reinado por Shenzhen TV que prefería llorar dentro de un BMW con un hombre que no amaba que sonreír de felicidad en una bicicleta”. Así describe a su molesta pasajera un taxista en el relato “Precio de novia”.

Su intención con las palabras no es adornar, es acertar y acercarnos con su escritura a un estado de ánimo. En “Después del tsunami”, escribe: “Noriyoshi quiere decirle que durmió bien, pretender que nada ha pasado. Toda su vida ha escogido la cordialidad por encima de la sinceridad, pocas veces expresa lo que de verdad desea. Pero hoy no puede”.

Li nos lleva por trozos de vida, sin las viejas argucias de un cansado vendedor de ilusiones, nos arrastra como lo haría una niña que nos hala del brazo y nos hace avanzar porque ella quiere mirar desde muy cerca lo que le interesa y que nosotros a su vez seamos testigos por encima de su hombro, como cuando nos dice:

¿Por qué las parejas se juntan?, me pregunto a veces. Desde que subieron a mi taxi, estos dos no han dejado de reñir. Él tendrá unos treinta años, contador o cajero de un banco, por la chaqueta negra y corbata del mismo color que lleva puestas. Cara cuadrada, la ciudad reflejada en sus anteojos. Ella se ve más joven. Bien maquillada, la piel suave y sin manchas, arrogante con el mentón apuntando hacia el cielo.

En un libro, como en cualquier casa, hay cuartos en los que nos sentimos a gusto y quisiéramos pasar más tiempo en ellos. Algo parecido me ocurre con la publicación de Li en tres cuentos específicos: “La blusa roja del río Amarillo”, “El silencio de Mei” y “Precio de novia”. Mis favoritos. Aunque ya sé dónde se cierra el círculo de su trama, siempre quiero volver a empezar.

Más allá de sus dramas con amantes arrepentidos, cadáveres en el río, cartas extraviadas, verdugos atormentados, parejas heridas, crímenes en la autopista, cajas fuertes náufragas o mujeres queriendo regresar, hay una música que nos abraza y nos consuela. Avanza como el agua y como el agua susurra y vocifera. Las palabras y sus búsquedas son sencillas pero hondas. Las construcciones literarias de Li son como los muebles chinos antiguos que se arman de forma armónica, sin necesidad de clavos, tornillos ni bisagras. Todo encaja de forma compacta. Con la naturalidad con que se juntan dos nubes, sus frases se amarran. Leerla es un viento fresco que pasa. ■■

JAIRO DUEÑAS

Periodista, exdirector de la revista *Cromos*.